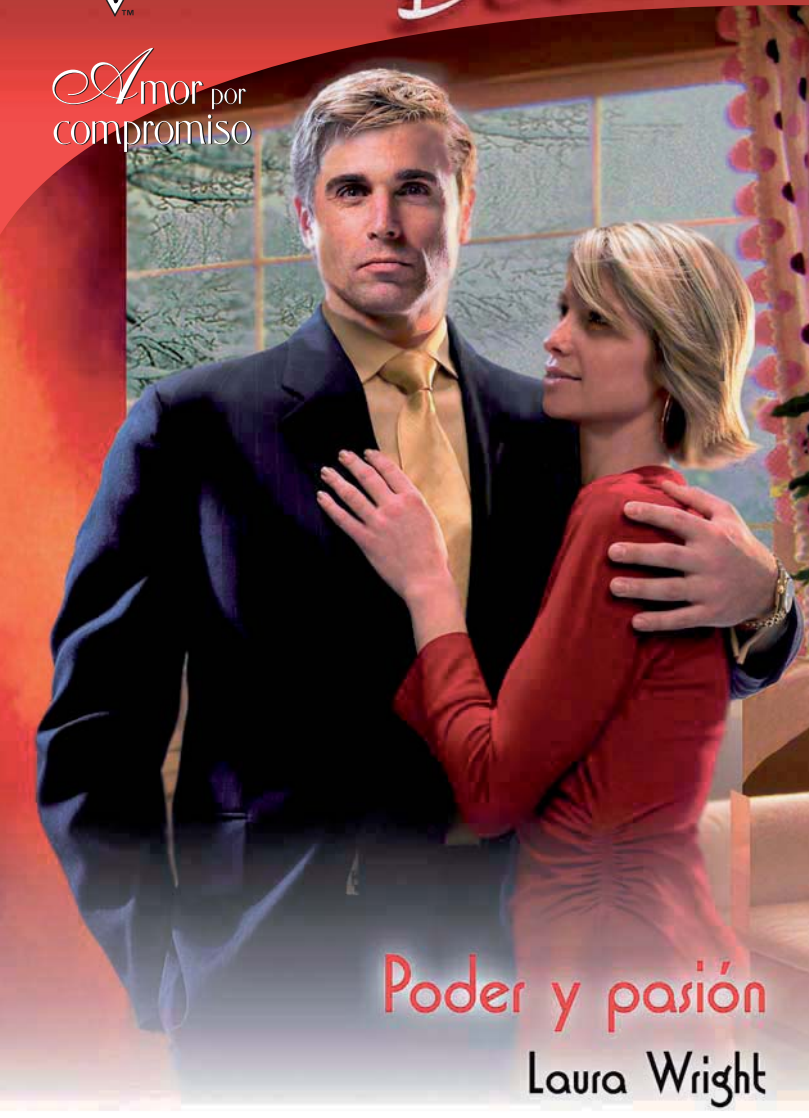
HARLEQUIN Deseo™

Amor por compromiso



Poder y pasión

Laura Wright

Deseo™

Poder y pasión

Laura Wright



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Laura Wright. Todos los derechos reservados.
PODER Y PASIÓN, N.º 1587 - julio 2011
Título original: Millionaire's Calculated Baby Bid
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-660-3
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

Una hora antes, Mary había supuesto que se tumbaría en la enorme cama de matrimonio del hotel más exclusivo de Long Lake, en Minnesota, y dejaría que Ethan Curtis le hiciera el amor, sin emoción ni respuesta alguna por parte de ella. También en ese momento se había preguntado si él sería bruto, o si se mostraría frío; si sería el mismo miserable que había conocido en las antiguas oficinas de su familia hacía una semana; las oficinas que en el presente él controlaba y dirigía como una máquina de hacer dinero bien lubricada.

El roce pausado y seductor de sus labios la devolvió al presente. Cada vez que se acariciaban o que él le pasaba los dientes por el cuello, por la espalda o por un hombro, Mary gemía con tanto deseo que estuvo segura de que la oiría todo el hotel.

A lo mejor Ethan Curtis era un miserable, pero de frío no tenía nada.

La luz de la luna que iluminaba la habitación hacía imposible no distinguir las facciones de Ethan al tiempo que se enterraba de nuevo entre sus piernas: los pómulos marcados, los labios firmes y el cuello moreno, tenso y sudoroso del esfuerzo.

Él apartó sus ojos de un azul intenso y la fijó en sus labios instantes antes de bajar la cabeza. A Mary se le

aceleró el pulso, presa de un deseo intenso cuando los labios carnosos de Ethan tomaron los suyos.

La verdadera razón por la que estaban juntos en la cama, para que su padre se viera libre de cualquier amenaza de cárcel, surgió de pronto en su pensamiento. Ella quería apartarse de Ethan y salir de aquel cuarto, pero su cuerpo le pedía otra cosa. Tal vez fuera porque hacía dos años que no estaba con un hombre, y anhelara sentir el peso de un cuerpo masculino, la proximidad y esa oleada de adrenalina tan peculiar. Fuera lo que fuera, deseaba tanto a ese hombre que no se lo podía explicar.

Ethan la besó en la boca, en la mejilla y continuó más arriba, hasta el lóbulo de la oreja.

Cuando Mary sintió que le pasaba la punta de la lengua se estremeció de placer y arqueó la espalda mientras se entregaba a él. Por una parte le fastidiaba que él dominara, pero por otra le encantaba sucumbir a sus caricias.

Oyó voces a la puerta, pasos ruidosos en el pasillo y el ruido de una puerta que se cerraba. ¿La habrían oído gemir de deseo, cuando su cuerpo le había rogado que le diera más?

La urgencia por tocar a Ethan, por agarrarlo de las nalgas y clavar los dedos en su carne musculosa, fue demasiado para ella, y Mary se agarró a la sábana con fuerza.

Se había prometido a sí misma que no lo tocaría; pero parecía que al final la promesa le estaba haciendo más daño a ella que a él.

¿Cómo había podido acostarse con un hombre como ése? Fuera como fuera, sólo lo pensó; porque cuando él bajó la cabeza para succionarle un pezón

oscuro y rosado, el único sonido que brotó de su garganta fue un ronco gemido de satisfacción.

¿Cómo podía ser que lo hiciera con un demonio como él?

Se estremeció de deseo mientras se abrazaba a su cintura con las piernas y meneaba las caderas frenéticamente. Estaba cerca, muy cerca del orgasmo. Hacía ya dos años que había estado con un hombre, y con aquél sólo fueron dos meses; dos largos años desde que había fingido en la cama; y después había vuelto a una vida de ermitaño, donde había continuado siendo la eterna mujer de negocios. Sólo en sueños sentía la verdadera descarga del clímax; unos sueños de extraños sin rostro que agasajaban su cuerpo hasta que Mary se despertaba frustrada y sudorosa. Pero esa noche no había necesidad de fingir nada.

De nuevo sus pensamientos quedaron olvidados por las caricias de Ethan. Él deslizó una mano entre los dos y empezó a peinar con los dedos el vello pálido y suave de su entrepierna. Mientra Ethan la acariciaba, mientras rozaba su tierno y anhelante centro de placer, Mary aspiró hondo para intentar dominarse. No quería entregarse a ese hombre porque sabía que él no merecía su deseo, su total capitulación… Al mismo tiempo tampoco podía ignorar las sensaciones a las que aquellos dedos calientes y sedosos la empujaban. Sabía cómo había gritado mientras él la acariciaba, mientras la embestía hasta el fondo, pero a Mary no le importaba. Herida, desesperada y totalmente ajena al tiempo transcurrido, Mary clavó las uñas en las sábanas blancas haciendo como si fuera su piel.

Ethan la observaba con expresión salvaje, y al

mismo tiempo imbuida de una extraña preocupación. Entonces la penetró y continuó a un ritmo constante, mientras sus jadeos se hacían cada vez más irregulares.

Se estremeció con la fuerza del orgasmo, que atenazó su cuerpo. Momentos después se desplomaba suavemente sobre ella y escondía la cara en la curva sudorosa del cuello.

Enseguida Mary empezó a sentir frío, y con esa sensación recuperó un poco la sensatez. Por mucho que deseara físicamente a ese hombre, aquello no había sido más que una transacción.

Sintió náuseas al pensar en el día en que Ethan Curtis le había hecho una oferta que no había podido rechazar.

–Eres un miserable y un arrogante; y tú lo sabes, ¿verdad, Ethan? –le había dicho ella entonces.

Ethan se había recostado en su asiento de cuero y la había mirado con frialdad.

–Creo que eso es algo que ya hemos establecido. ¿Vas a aceptar el trato o no?

Con el pelo corto y negro, los ojos muy azules y la nariz aguileña, más que un hombre parecía un halcón. Mary nunca había visto a un hombre más arrogante o con más presencia que él.

Allí, en su enorme despacho de cristal y acero de líneas duras e inflexibles, Mary había intentado mostrarse tan tenaz como él.

–Te dije que accedería a la inseminación artificial.

–Si hubiera sentido que cumplirías...

–¿Cumplir? –había repetido, horrorizada–. Creo que hemos ido mucho más lejos.

–Cierto –sus ojos color zafiro asimilaban todo, es-

pecialmente las enormes ganas que ella tenía de frustrarlo de cualquier manera posible–. Pero para estar seguros de que tu parte del trato se va a cumplir, lo haremos a la antigua usanza.

–Ni hablar –había respondido ella.

–Tal vez incluso te guste –le había dicho él en tono de humor.

Mary recordó que lo había mirado con gesto burlón.

–Tal vez. Pero nunca lo sabremos. No me voy a ir a la cama contigo, Curtis.

La mirada de humor se había desvanecido, y Ethan Curtis había respondido con cara seria.

–Tú quieres que tu padre quede sin cargos; y yo quiero un hijo. Es muy sencillo.

Sencillo. La palabra se repetía en esos momentos en su pensamiento mientras el hombre que hacía una semana la había pronunciado se retiraba de ella con un movimiento ágil. Esa situación no tenía nada de sencilla. Se aventuró a mirarlo cuando él se sentó en la cama, de espaldas a ella. Se fijó en el movimiento de los músculos de su espalda. ¿Sería posible despreciar a alguien y sentirse tan intrigada al mismo tiempo?

El sonido de su voz interrumpió sus cavilaciones.

–¿Quieres que me vaya?

A pesar de su esfuerzo por permanecer indiferente, sintió que le hervía la sangre, por ella misma y por él.

–Sí.

Él apretó los dientes y soltó el aire despacio, consternado.

–Entonces, te veré otra vez mañana.

Sin decir nada, ella se levantó de la cama y fue

directamente al baño. No hubiera estado bien quedarse allí en la cama tumbada, tapada casi hasta la cara, como si fuera una niña ingenua de quien él acabara de aprovecharse. Había sido perfectamente consciente de lo que hacía y de por qué lo hacía, y tenía que reconocer que se lo había pasado bien.

Abrió el grifo de la ducha para no oírle mientras se vestía, o luego cuando saliera de la habitación, y miró el agua que caía como si fuera lluvia en la virginal superficie de porcelana de la bañera. Levantó un pie para meterse, pero de inmediato lo bajó y lo apoyó sobre la alfombrilla. ¿Por qué no se metía de una vez para lavarse y eliminar cualquier rastro de él? ¿Qué clase de mujer no querría quitarse de encima el olor de un hombre que había jurado odiar; de un hombre que sólo la quería para engendrar un hijo? No una a quien ella respetaría.

Mary soltó la cortina y se volvió hacia el espejo de cuerpo entero que había detrás de la puerta del baño. Se pasó la mano por el torso y el vientre con nerviosismo. ¿Habrían concebido ya un hijo esa noche? Se estremeció de emoción, pero también sintió una intensa aprensión. ¡Un hijo! Suspiró. No había nada en el mundo que más deseara que tener una familia propia; pero así no, no de ese modo.

Avergonzada, desvió la mirada. Sus prioridades eran las que siempre habían sido desde niña: solucionarle la vida a los demás antes que la suya. Y en ese momento lo más importante era que retiraran todos los cargos en contra de su padre. El trato con Ethan Curtis era para que su padre no ingresara en prisión, no para que ella formara una familia.

Extendió las manos sobre su vientre mientras ne-

gaba con la cabeza. Imposible. Todo el maldito acuerdo era imposible. Era una estúpida si pensaba que podría funcionar, al igual que Ethan Curtis era un estúpido si se imaginaba que, de quedarse embarazada, el bebé fuera a educarlo otra persona que no fuera su madre.

Capítulo Uno

Cuatro semanas después

–¿De quién fue la idea de instalar una cocina en la oficina? –preguntó Tess York entre dientes con la boca llena de una porción de huevos con beicon y salsa holandesa.

Olivia Winston se echó sobre el hombro un paño de cocina amarillo y avanzó hacia la mesa meneando con elegancia su cuerpo pequeño y sensual.

–Ah, he sido yo –respondió ella.

–Pues eres un genio, chica.

Bajo el flequillo rizado de pelo castaño asomaron unos luminosos ojos color ámbar.

–Eso ya lo sé.

La arrogancia fingida de su socia hizo reír a Tess.

–Lo único que quiero saber es dónde está mi cóctel mimosa.

–Nada de beber antes de las diez.

Mary Kelley estaba sentada enfrente de Tess. Tenía una melena rubia que en ese momento le tapaba parte de la cara.

–A no ser que ocurra algún desastre –añadió Mary.

–Yo diría que una sequía de dos semanas es un desastre –comentó Tess con astucia, haciendo reír a Olivia.

–Estamos en agosto –Mary miró primero a una socia y después a la otra–. Todo suele ir un poco más despacio al final del verano.

–Sí, va todo más lento –el pedazo de beicon pinchado en el tenedor parecía una bandera–. Pero ahora mismo estamos casi en alerta roja.

Aparte de esas dos semanas de agosto, el resto del año No Ring Required bullía de actividad. La principal empresa de esposas de alquiler del Medio Oeste no tenía competencia alguna y su personal era brillante. Gracias a la creatividad y el olfato empresarial de Mary, las habilidades culinarias de Olivia y el inteligente y cuidadoso presupuesto e innovadoras ideas en los diseños de Tess, NRR era una empresa de mucho éxito. El problema, Mary tenía que reconocerlo, era que las tres eran tan adictas al trabajo y se preocupaban tan poco por su vida personal que no tenían ni idea de qué hacer cuando había menos actividad. Y cada vez que llegaba el final del verano, empezaba a entrarles el pánico.

–Bueno –continuó Mary, dejando el tenedor y la servilleta sobre un plato de comida sin tocar–. Está claro que no es el momento para ponerse una puntillosa con los clientes.

–Sí, Olivia –murmuró Tess con una sonrisa.

Olivia arqueó las cejas con gesto interrogativo.

–¿Y eso qué se supone que quiere decir?

–Creo que se está refiriendo a tu problema con los clientes rentistas –le sugirió Mary, que se echó a reír con las maneras exageradas de Tess.

Olivia frunció el ceño, estiró el brazo y agarró el plato de Mary.

–No me gustan, y eso no hay manera de cambiarlo. Muchos de ellos son hombres groseros, descere-

brados y egoístas que no sólo piensan que son los dueños del mundo sino de todos sus habitantes.

Tess sonrió a Mary.

–Dinos cómo te sientes de verdad.

–Sí –corroboró Mary–. No tengo muy clara tu opinión sobre los ricos.

Olivia suspiró mientras sus socias se reían.

–No son los ricos es... Ah, olvidadlo –deseosa de terminar con la conversación, Olivia se fijó con irritación en la comida intacta de Mary–. Mary, no estarás a dieta, ¿verdad?

–¿Cómo? –Mary se puso seria.

Olivia le echó una mirada calculadora y avanzó de nuevo hacia su querida cocina marca Viking.

–Sabes muy bien que opino que las dietas son un insulto a todos los que aman la cocina.

–Lo sé.

–Lo siento, pero me temo que en mi frigorífico no hay pomelos ni sopa de coles.

Mary negó con la cabeza, cada vez más nerviosa.

–No estoy a dieta, Olivia; es que no tengo hambre.

Tess hizo una pausa para tragar.

–Por mucho que me fastidie estar del lado de Olivia, llevas ya muchos días así.

–Sí –concedió Olivia.

–Y, bueno –empezó a decir Tess con torpeza–, ya sabes que estamos aquí si... Bueno, ya sabes.

Mary asintió e hizo por sonreír.

Entre las tres, hablar de negocios era una aventura, un juego, una experiencia vivaz; pero cuando la conversación se desviaba al terreno personal o entraba en el plano emocional, las mujeres de NRR parecían trasformarse en Las Tres Chifladas. Desde que

trabajaban juntas la costumbre era que cada una se guardaba sus asuntos personales para sí. Resultaba extraño, pero así era.

–¿Entonces qué tenemos para hoy, señoras? –preguntó Tess mientras se apartaba de la mesa y del plato que había dejado limpio.

–Tengo una reunión con un futuro cliente –le informó Mary mientras se fijaba en el reloj de la pared.

Habían pasado cinco minutos, y Mary pensó que la prueba estaría lista. Los nervios de un rato antes alcanzaron enormes proporciones.

–Después de todo, tal vez no nos vaya tan mal este mes –comentó Olivia alegremente, recuperando su buen humor–. Yo también tengo un cliente que va a venir a las dos. Su prometida lo abandonó una semana antes de la boda, y él quiere que lo ayude a organizar una cena «para fastidiarla», como dijo él.

Tess se echó a reír.

–¡Qué gracia!

Mary apenas las oía. Tenía tanta tensión que le dolían las piernas de los tirones musculares que le estaban dando en ese momento; si no se relajaba le daría un calambre. Había escondido el test de embarazo detrás de unos cincuenta rollos del suave papel higiénico que Olivia insistía en comprar. ¿Habría una línea o dos?

–¿Y el tuyo, persona importante o negocio importante? –le preguntó Tess, mirando a Mary con expectación.

–Ah... Los dos, la verdad.

–Qué bien –Olivia dejó su plato lleno junto a Tess, colocó los cubiertos, la servilleta y el vaso de agua en su sitio y se preparó para tomar su desayuno.